Primer capítulo

Peor que el miedo es no tener quien te nombre en el momento de la muerte.

Un crujido rompe la oscuridad y algo liviano, como tierra sin cuerpo, cae sobre su cabeza y le embarra las mejillas. No sabe cuánto lleva con las manos sujetas a la argolla porque al principio sólo dolían, y ahora parecen talladas en madera.

La puerta se traba hasta que el segundo empellón termina por abatirla sobre los cueros para revelar sombras bajo el dintel. Aunque la silueta destaque unos instantes al contraluz, las tinieblas que arden tras ella no le dejan ver su rostro. La muchacha se agita y trata de pedir auxilio, pero el madero que le ciñe la boca como freno de caballo lo reduce todo a un bramido grosero. En la lengua, sabor a cáñamo y leña.

Siente el cuchillo que corta las ligaduras y una garra, ajena a sus gañidos y a cuantos intentos haga por zafarse, la arrastra sobre lo mullido del suelo. Avivado por el pánico, un reguero caliente dibuja todo el trayecto. Lo que aguarda al otro lado del muro hace que reanude con desesperación los esfuerzos por escapar.

Tampoco la muerte es lo peor; lo terrible es saber que resulta tan intrascendente como tu vida.

—El pistoletazo se le llevó parte de la oreja. Tenía el pelo chamuscado y el cuello de la camisa como chicharrón. No llegué a ver el cuerpo, no me correspondía, pero el forense aseguró que lo habían trabajado a fondo. Ni se molestaron en desatarlo. —El comisario Arribas apartó la mirada de la cornisa de su sombrero para perderla entre los albarelos que atestaban las estanterías de la rebotica. En el interior de su urna, la granataria mantenía elevado uno de los platillos. La visión del fiel, desplazado de forma tan violenta, retrajo sus pensamientos haciéndole expeler el aire como un suspiro—: Le encontraron con el rostro tiznado de hollín, hacia Puerta del Ángel, en los descampados.

—¿Le dieron matarile allí mismo? —No es complicado mover un cadáver por Madrid sin que nadie lo advierta.

—Se vació por la arteria, pero toda la sangre estaba en la ropa, nada alrededor. La chusma tira de faca y deja el cuerpo donde cae, el pudiente chisca pólvora y aleja el muerto de su cocina. Es un crimen de ricos, Godo; una bodega, un carruaje, y el cadáver viaja tanto como a uno le interese.

—Pues qué quiere que le diga: un negro[1] menos. Proliferan como ratas, son los excrementos de la política... A ver quién se va a dar una mala cena por tropa de esa cuerda. —El boticario cerró de buena gana las hojillas de La Gaceta antes de elevar la botella de rosolí. A la propuesta, Arribas asintió sin palabras—. ¿Lleva usted el asunto?

—Por suerte, no. Apareció lejos de mi circunscripción. Ya tengo en Lavapiés más negocio del que puedo atender.

—Mejor. El Ángel sólo le traería quebraderos de cabeza.

---

[1] *Con sentido peyorativo, de esa manera se conocía a los integrantes del partido liberal.*

—El Exterminador es una leyenda, Godo. Invento de panfletistas por entregas, literatura para ociosos. —Conceder al farmacéutico que sobre el muerto había aparecido un plumón blanco hubiera insuflado vida a sus elucubraciones.

—Tan real como el licor que nos estamos mamando, amigo Isaac, hágame caso. Masones y liberalotes duermen hoy con la pistola a mano, y el ojo abierto tal que las liebres. Aquí, el problema —prosiguió el boticario sin dar oportunidad a su invitado—, es que la niña no ha sacado los cojones del padre.

La niña… Arribas sonrió con amargura. Para su amigo, la Borbón, a sus treinta y siete años, con cinco hijos vivos, doce partos logrados y varios abortos en los entreactos, seguía siendo «la niña». Ahora Godo iniciaría, o retomaría, puesto que nunca lo abandonaba del todo, su discurso, en ocasiones conservador, las menos, moderado, pero siempre monárquico. Miserias de conocerse. Por eso prefirió el atajo: —El guiñol de la realeza nunca ha soltado las riendas como usted se teme, pero lo mueve la mano que lleva dentro y aquí son muchas a calzárselo. Demasiados parásitos sorbiendo la sopa boba de este convento en ruinas que es España: curánganos; aristócratas; espadones; funcionarios…, todos con carga y manutención a expensas de un pueblo que se muere de asco mientras les lleva a la mesa el plato caliente.

—Demagogia, Arribas, convenga; pura demagogia. Le viene importunando que Narváez haya echado abajo una desamortización, que de cualquier forma nada arreglaba, para reconciliarnos con la Santa Sede y que otra vez tengamos a Dios de nuestra parte.

—A la Iglesia es a quien tienen; pero le concedo que la invención de Mendizábal sólo haya servido para gangrenar el mal. Si produjo algún beneficio, se fue alimentando guerras que nos diezman de brazos trabajadores. Los zánganos no caen en ellas, por desgracia, y eso agrava la dolencia del país y retrasa su curación.

—Dicho sea con el respeto que me merece, Isaac, se le adivinan a usted el plumero y la postura, errónea por supuesto: los vientos socialistas que soplan en Europa, nunca tomarán cuerpo en este país. Como movimiento sacrílego y antinatural que es, está condenado a diluirse en la sociedad.

—Espero que no.

—Parece usted un revolucionario, hombre de Dios.

—Convencido.

—¡Y está llamando a la república!

—Con los nudillos de ambas manos.

—Mire… —El boticario respiraba hondo tratando de sosegar su creciente enervamiento—. Admito tales ideas en mi casa porque proceden de alguien que respeta las mías, pero no me ponga a prueba.

—A eso se le viene llamando democracia.

Algunos ecos no deben despertarse según en qué lugares. Arribas no lo tuvo en cuenta. Como tentado por brasa, el boticario saltó en su asiento.

—¡Nunca; ¿comprende? Jamás! —Al farmacéutico se le estremecía el labio inferior como guía al viento—. Esa palabra queda prohibida bajo este techo. ¡Sufragio universal! ¡Dios del Cielo; adónde llegaríamos! Analfabetos dirigiendo el destino de la nación…

—Agradézcaselo al Abogado[2]. Una apoplejía le rondó a su amigo Bravo el día que le pidieron legalizar la escuela nocturna: «¡No en mis días!», rebuznó. «Aquí no necesitamos hombres que piensen, sino bueyes que trabajen».

—Seamos coherentes, Isaac.

—A eso estamos, ya que fueron esos mismos analfabetos quienes sesenta años atrás le hurgaron el ombligo al francés con las cabriteras, porque la aristocracia, putañera y holgazana pero, eso sí, instruida en los casos más sobresalientes, desamparaba España en manos de Napoleón. Ah, la mala gente del pueblo, la misma chusma de iletrados que luego caen a millares en las reyertas que mantiene «su niña» con el tito Carlos por ver quién arrellana su trasero en el trono… Muertes inútiles, todas, visto lo que la monarquía ha hecho de este país.

—Porque la vida obedece a leyes no escritas, pero inamovibles. Desengáñese, Isaac; todo vuelve a su cauce natural de una manera u otra. Así está instituido desde que Dios creó el mundo.

—Es tarde para eso, Godo; al pueblo no se le puede negar la fuerza que adquiere con la unión. Cuando las asociaciones de socorro mutuo pagan el salario a los huelguistas, están creando el germen del futuro, del progreso, téngalo en cuenta. —En un brindis imaginario, Arribas elevó el vaso sobre su cabeza—. Las combaten porque las temen. Algún día no existirán ricos ni pobres y nadie, para su vergüenza, tendrá que poner la escudilla aguada delante del hijo…

—Rectifico. No es usted un reaccionario, señor mío, es un soñador. Terminará sus días en presidio, y los amigos nada podremos hacer por ayudarlo.

Recostado contra el asiento, Arribas pergeñó un gesto ambiguo que relativizara la cuestión.

—No se apure, no estoy en edad. Mi panza se ha hecho a los garbanzos de la parroquia y nada hay menos revolucionario que una barriga campante. Será la herencia de hambre la que ponga al pueblo en marcha, y la indigencia el combustible de este nuevo tren. Pobres ciegos quienes no lo sepan ver.

—¿Qué le preocupa entonces? De ser cierto, ni a usted ni a mí nos atañerá, ni tenemos hijos por los que mirar. No terminaremos dando grima como el padre del liberalote que apareció muerto ayer.

—Somos afortunados, Godo; dice bien —Arribas, como aventando un mal presagio, se sacudió levemente el borde del pantalón antes de ponerse en pie—. Gracias por su licor. Excelente, como siempre. Debo ir a casa.

No tenía sentido continuar la tertulia; alegaran cuanto quisieran, al igual que tantas veces la partida acabaría en tablas. Ambos lo sabían.

—Aguarde un instante, Isaac. Siempre con su permiso, preparé algo para la señora. —El boticario se dirigió a la cristalera bajo la vitrina y anduvo revisando frascos hasta dar con el que buscaba: una botellita ámbar con algunas onzas de líquido incierto en su interior—. Dígale a Beatriz que lo tome con confianza. Es el mismo mistela que hemos probado usted y yo, pero con suficiente concentración de opio para que a su alzamiento de espíritu acompañe alguna serenidad en los sentidos.

Entre ambos, la retórica del boticario resultaba innecesaria. Por obligarse a utilizarla, Arribas agradeció el gesto amigo.

—No aprecio mejoría en ella.

—Su esposa es una gran mujer. No merece tanto sufrimiento.

—Nadie lo merece, Godo; dígame quién.

---

[2] *Por su singularidad en un gobierno compuesto básicamente por militares, a Juan Bravo Murillo se le apodaba por su oficio.*

El boticario agitó el frasco al trasluz con violencia repentina.

—Los liberales, coño; que mueve usted una piedra y salen zumbando cuarenta.

Fuera, la Cava Baja bullía de vida pese al gélido céfiro mesetario, y un sol de cobre, tímido y vacilante, tintaba las ventanas en las alturas. Desde que Arribas entrara en la farmacia, trancas y contrapuertas habían desaparecido para que la calle recuperara el rostro cotidiano. Ante su establecimiento, entre esteras y capachos colgados de la fachada, el espartero cubría de serrín y hojas de periódico los charcos helados de una calle donde al olor del vino a medio picar se unían los del fogón recién prendido y el brasero de cisco aventado en el umbral.

«Posada de San Pedro» rezaba sobre el dintel del paso de carruajes. Al cruzar, el comisario pudo ver al fondo del patio a los mozos cargando equipajes en la diligencia. Los cascos de las acémilas, las órdenes del mayoral según religaba correajes, y los últimos avisos de los familiares antes de la partida, componían la barahúnda universal sobre la que el matrimonio Arribas tenía vivienda. Le había prometido a Beatriz mudarse a otra casa donde el día no se llenara de voces, ni con el ajetreo de rodaduras y caballos al anochecer. Tantas promesas como palabras incumplidas. Ahora ya no tenía sentido hacerlo, ni su esposa pensaba reclamárselo. A Beatriz hacía tiempo que aquellos pájaros le habían volado de la cabeza.

—Dichosos los ojos, don Isaac. —La mujer del zapatero baldeaba el empedrado con el sobrante de fregar el portal. «Buenos días, Donata». Cubo boca abajo y escurriduras de agua sobre el mandilón, la portera le cerraba el paso.

—¿Cómo anda esa *señá*? Igual hace días que no la veo.

—No termina de levantar cabeza.

—Pena de mujer. En el pueblo, la hubiéramos *arreglao* con un ponche de vino caliente y yerbas que pone tieso a los muertos, pero aquí no hay quien las encuentre.

Intenciones loables las de la portera de no ser por su inconsciencia al expresarlas. El rostro de Arribas mudó a un gesto de infinito desagrado.

—Vea lo que perdimos todos con que vinieran a la capital. —Producto del comentario femenino, lo soltó en un tono áspero que pasó desapercibido por completo.

—Y que lo diga.

El resto de quejas femeniles le alcanzó en el arranque de la escalera, sobre el chiscón donde trabajaba el marido que, distraído de la tarea, saludó lezna en mano y prosiguió enhebrando bramante.

—Su chico, no andará de nuevo en líos.

Con la cabeza terciada y el ojo herido de humo, el zapatero se alzó de hombros.

—A sus cosas sigue, don Isaac, pero *escarmentao* de la política. Ahora *quie* ser poeta; mire usía, poeta, el Rogelio... Parece que el oficio del padre es poco *pa* él.

—Mejor. Que se entretenga poniéndoles los puntos a las mozas y deje de meterse en historias.

—Al final hará lo que se le venga en gana. Los hijos no son los de antes; ni obedecen a sus mayores, ni uno tiene ya fuerzas *pa* andar detrás de ellos con el cinto en la mano.

—Ojo al bicho, Nicomedes.

Se detuvo en el rellano a recuperar el resuello, —«Cuatro pisos, joder»—, y salivó en el borde de la escupidera buscando hebras de alarma. Con tanta tisis alrededor revisar el gargajo era una obsesión, aunque parecía no ir tocándole. Aún.

Con todo, no era el ahogo de la escalera lo que anulaba su voluntad ante la cerradura. El motivo se encontraba al otro lado, al traspasar la madera. Si a diario bregaba con salteadores de

casas, sayones de faja y faca, putas de medio pelo, chulos mercuriales, contrabandistas, y aristócratas con toda su servidumbre de furriela, que cualquiera, más tarde, más temprano, milita en el gremio, ante su esposa se encontraba inerme. Qué hacer cuando nada se puede, sino verla consumirse como pavesa, con aquella mirada gris, tan hermosa antaño, y enmarcada ahora entre ojeras hundidas en una piel como de pergamino añoso.

—Ya sé que no es santo de tu devoción, hijo, pero a qué otro brazo podría confiar mis inútiles piernas…

No le resultaba grato acompañar a su madre a las interminables sesiones con la modista donde, entre cinta métrica, sisas, y hablillas de comadre, se cortaba todo tipo de trajes para media vecindad. Al menos, no lo fue hasta que una tarde, sin buscarlo, advirtió que no le incomodaba tanto y que, a la siguiente, iba de mejor grado. En la tercera se descubrió esperando con ansia contenida el momento de custodiar a la anciana. ¿Culpable? Una mirada gris, glauca, de muñeca de porcelana, que se cruzaba con la suya cada vez con menos reparo y que, al paso de los días, se entrelazaba antes de diluirse en una sonrisa sin interés por disimular.

Como imbécil, se sorprendió acechando idas y venidas de la muchacha por la salita de espera —en realidad, un par de sillas en el tabuco de entrada—, venteando el revuelo de su falda y el olor a jabón que dejaba al pasar. Se dijo que, coño, la hermosa no tenía motivos para tanto paseo, que se le sentían las ganas de hombre. Tampoco él le sería indiferente, o prefería imaginarlo en el coche de regreso a casa. «Nuestro secreto inconfesable», se concedía, otorgando a la joven un sentimiento parecido al que hurgaba su estómago y le hormigueaba de impaciencia un palmo por debajo. «Nuestro secreto…», repetía, pánfilo, con las palabras deshaciéndosele en la boca. Todos los románticos eran unos bujarrones, y a él se le había pegado de andar con ellos.

—Espabila, Isaac; esa niña no es para ti.

Viajaba ensimismado, observando la cortinilla del simón como si a través del damasquino pudiera ver la calle. Se volvió sin comprender. Doña Ignacia se dirigía a él con semblante hosco, pero sin encono, como se amonesta a un hijo travieso.

—No sé qué quiere usted decir.

—Claro que lo sabes. La hija de la modista; no le quitas ojo, ni ella a ti, es evidente. Y luego están esas *Noches Lúgubres*, de Cadalso, y las naderías de Espronceda que he visto en tu habitación…

—¿Me vigila las lecturas?

—Cómo. Los libros revelan el ánimo de quien los lee. Y me preocupa alguien que se solaza con leyendas de amantes muertas y desenterradas, por muy románticas que puedan parecer. Si te has encaprichado de la hija de Carmen, olvídalo. Tu padre no lo va a consentir, y yo me pondré de su parte. El hijo de un notario ha de desposar a una señorita de calidad.

—El hijo de un notario, tal vez.

—No hables así, por Dios.

—Ese que dice tiene cuentas conmigo.

—A Él no se le puede culpar de la conducta humana, además, espero que el aprecio que nos tengas no sea por la cama y la comida.

No lo era. Ignacia Cibat y Aurelio Arribas significaban más que la familia que lo recogiera de la Inclusa. Eran los únicos padres que había conocido y dudaba de que la madre que lo pariera, o el hombre que la empreñó, hubieran hecho por él más que el notario y su esposa. Asintió sin palabras ahogando el resentimiento en un poso de gratitud difusa a la que se sentía obligado.

—Pero la quiero —murmuró en rebeldía.

—Pasará. En la vida uno hace lo que debe, no lo que desea. Deja en paz a esa niña y en cuatro días tendrá al mozo de los ultramarinos rastreándole la orla de las enaguas. Parirá y se olvidará de ti, y tú la recordarás como algo agradable, pero lejano.

—No es tan sencillo.

—Mira, Isaac, no me veo tratando de consuegra a la mujer que me cose la ropa. Es fácil de comprender.

Acaso lo fuera, pero no evitaba que la imagen de Beatriz le robara el sosiego y el interés por el trabajo al punto de que el viejo Arribas llegara a percibirlo.

—El chico está enamorado. —Fue la sentencia seca de su esposa la que puso al corriente al notario un domingo en la comida familiar.

—¿Y? —Un arqueamiento de cejas acompañaba la incomprensión de Arribas padre. Doña Ignacia negó con el gesto mientras se llevaba la cuchara a la boca.

—Bueno, así que la pollita se resiste. Tiempo y constancia, Isaac. El heredero de un notario es un buen partido y alguien se lo hará entender. Ten paciencia, todas terminan cayendo.

—¡Aurelio! —La dueña de la casa segó, tajante, la actitud conciliadora que proponía su esposo.

—Vamos, nena; desde que se creó la humanidad, hombres y mujeres están condenados a entenderse bajo las sábanas. Sólo hay que procurar los medios.

—Es la hija de la costurera.

El notario guardó silencio y su incipiente sonrisa se fue apagando antes de fraguar. Retiró el plato como si en su contenido acabara de descubrir algo desagradable.

—¿Esa mujer es importante para ti?

Ignacia se puso en pie vencida por la ira. No necesitaba escuchar lo que vendría a continuación para saber que su marido acababa de tomar partido. Dirigió a ambos una mirada plena de rencor y abandonó la mesa. El viejo Arribas se desprendió de la servilleta arrojándola sobre el mantel.

—Espero que lo sea —advirtió—. Es la primera disputa que mantengo con tu madre desde que supo que no podría tener hijos.